



Aquilino Polaino-Lorente y Gema Pérez Rojo
(Coords.)

LA VOCACIÓN Y FORMACIÓN DEL PSICÓLOGO CLÍNICO



Desclée De Brouwer

Índice

Presentación.....	11
<i>Aquilino Polaino-Lorente y Gema Pérez Rojo</i>	
1. Constantes humanas, antropología y psicoterapia.....	15
<i>Rafael Gómez Pérez</i>	
Qué son las constantes humanas.....	15
La realidad del cambio.....	17
Constantes humanas y formación.....	21
Constantes éticas.....	25
Constantes humanas y psicoterapia.....	26
2. La formación para la vocación del Psicólogo Clínico.....	31
<i>Javier Barraca Mairal</i>	
La vocación y la formación como realidades “personales”.....	31
El vínculo entre la vocación y la profesión.....	35
El valor irremplazable de la filosofía en la formación del psicólogo.....	38
El arte: un modo singular de acercarse a lo humano y una piedra angular de la formación integral.....	43
La vocación es una unidad: vocación, profesión, familia y relaciones humanas.....	44
Una consideración final: La dimensión espiritual del ser humano, la formación y la transcendencia.....	46
Bibliografía.....	48



3. Rasgos relevantes en la personalidad del Psicólogo Clínico Infantil	49
<i>Carmen Ávila de Encío</i>	
Una pregunta inicial	49
La relación terapéutica en la clínica infantil.	50
Rasgos de personalidad en el psicólogo clínico infantil.	53
Modificación de los rasgos de personalidad: los hábitos.	63
Una propuesta viva de modelos	65
Bibliografía	67
4. Algunas exigencias éticas en las organizaciones asistenciales de Psicología Clínica	71
<i>Jaime Urcelay Alonso</i>	
Introducción: El lugar de la ética en nuestro tiempo	71
Ética y Psicología Clínica: Una perspectiva	73
Valores, principios y reglas. El juicio ético particular.	77
La dignidad de la persona como primer bien o valor de la persona	78
Los principios éticos: servicio a la persona, competencia y honestidad	80
Normas o reglas deontológicas: concreción y casuísticas de las exigencias éticas.	82
Juicios éticos particulares. Método o proceso de la decisión ética	84
Centralidad y complementariedad de las virtudes personales. ...	84
Conclusión.	86
Bibliografía	86
5. Kierkegaard y los Psicoterapeutas	87
<i>Aquilino Polaino-Lorente</i>	
Introducción	87
La existencia humana: Del concepto a la vida.	90
La libertad y la angustia	92
Verdad y psicoterapia	93
La angustia del hombre en relación con Dios	97
Kierkegaard y los psicoterapeutas.	98
Acerca de la escucha psicoterapéutica	111

Índice de autores

Ávila de Encio, Carmen

Dra. en Educación. Psicopedagoga

Barraca Mairal, Javier

Profesor Titular de Filosofía.

Universidad Rey Juan Carlos

Gómez Pérez, Rafael

Profesor de Antropología Cultural. Escritor.

Pérez Rojo, Gema

Dra. en Psicología.

Profa. de Psicología de la Universidad CEU-San Pablo

Polaino-Lorente, Aquilino

Catedrático de Psicopatología.

Universidad CEU-San Pablo

Urcelay Alonso, Jaime

Profesor de RRHH del CE. Garrigues.

Introducción

Aquilino Polaino-Lorente y Gema Pérez Rojo

En principio, hablar de vocación y formación a los jóvenes aprendices de psicólogos puede resultar algo fastidioso. En realidad, a nosotros también nos sucedía algo parecido cuando teníamos su edad. Y, sin embargo, hablar de esos temas resulta de vital importancia, como así lo califican los Psicólogos Clínicos con una dilatada experiencia profesional. Cuanto más años de ejercicio profesional, tanto más relevantes y significativas devienen estas cuestiones. Pues, como escribió Cicerón, “la práctica asidua de una sola especialidad aventaja muchas veces al ingenio y a la teoría”. (*Pro L. Balbo*, 20, 45).

Pero volvamos a considerar cuál puede ser el origen de esa sensación de fastidio. Al inicio, ese fastidio puede asentar en la comodidad que evita a toda costa la molestia de afrontar cualquier cuestión problemática. A lo que parece, es mejor continuar con la vida adelante, sin apenas reflexión, con tal de permanecer en el supuesto de una confortable seguridad. Pero, a medida que los alumnos se van acercando al final de sus estudios, es probable que aquella supuesta seguridad comience a resquebrajarse.

Importa mucho, entonces, regresar a las cuestiones acerca del origen, a los hontanares de donde brotó con espontaneidad esa llamada a hacerse psicólogos. Surgen en ese horizonte algunas preguntas inquietantes: ¿por qué elegí hacer psicología?, ¿fue realmente la vocación o una relativa curiosidad acerca de lo que acontece en la mente humana?, ¿cuándo y cómo experimenté esa llamada a hacer psicología?, ¿qué siento, en la actualidad, ante la persona doliente que me pide ayuda?, ¿me decidí tal vez por la Psicología Clínica llevado por la



compasión?, ¿me motivó acaso la consideración de aliviar el sufrimiento de las personas y disminuir así el dolor en el mundo?, ¿cuál es la raíz de esa motivación de ayudar?

Repárese en la importancia de la vocación profesional. Bastaría con contabilizar los esfuerzos realizados, las horas empleadas en el estudio desde que nacimos y, sobre todo, el tiempo que su desempeño nos exigirá en adelante para considerar que es la porción más extensa e intensa de nuestras vidas la que a ello destinamos. No, no es baladí esta cuestión, especialmente si concluimos que nuestras vidas tienen la ocupación del cuidado de los demás y la ayuda como destino. Aquí conviene no olvidar lo que decía Will Rogers: “Es grande ser grande, pero es mayor ser humano”.

A esto podemos añadir otras muchas razones como, por ejemplo, las relaciones sociales que se derivan del ejercicio profesional, la percepción social de nuestras personas, las tensiones y preocupaciones en que nos sumergimos en ese escenario clínico, los haberes y emolumentos que recibimos y, *at last but no least*, los cambios y consecuencias con que tal dedicación va configurando nuestras vidas.

Sea como fuere, no conviene confundirse en la elección que hagamos. La confusión se evita cuando, estando bien informados –aquí la experiencia de los vetustos profesionales no es renunciable– tratamos de discernir si aquello será lo nuestro o no, es decir, si el quehacer emprendido constituirá o no el eje vertebral del sentido de nuestras vidas y el modo más emblemático de alcanzar la felicidad. En cierto modo, la opción por la Psicología Clínica cuestionará nuestra entera existencia, porque nos interpelará, implicará y comprometerá con lo que a cada paciente le suceda.

Sin duda alguna, la vocación al quehacer clínico abre nuestra existencia personal de un modo único, irrestricto e irrevocable. Lo que tal vez se avizoró como una mera ocurrencia balbuciente ha ido tomando posesión de nuestra intimidad y ahora apenas si puede distinguirse de nuestra identidad personal. Una vez que se ha constituido como auténtica vocación, demanda el servicio al bien y la verdad del otro, que es justamente lo que engrandece nuestro propio porvenir.

Pero no todo es tan grave y exigente en la clínica. El quehacer clínico comporta también experiencias grandiosas y de un valor inconmensurable. Nos referimos, claro está, al hecho de experimentar la confianza, el abandono y la docilidad del paciente; a la alegría manifestativa, expansiva y compartida cuando contribuimos a aliviar sus sufrimientos; a su agradecimiento sincero y sin límite alguno.

Si la persona es única, original e irrepetible, parece lógico que disponga también de una vocación singular. Una vocación en la que precisamente se hincan las raíces más profundas y valiosas de su futura trayectoria biográfica personal. En realidad, no se puede hablar de vocación sin hablar de persona. (Sobre este asunto confrontar la magnífica monografía de Javier Barraca Mairal, *Vocación y Persona. Ensayo de una filosofía de la vocación*. Unión editorial. Madrid, 2003). La persona se juega mucho en ello. De aquí la importancia de atinar exactamente con lo que considera es su vocación profesional a la Psicología Clínica.

“La vocación genuina –escribe Marañón en *Vocación y ética y otros ensayos*. Espasa-Calpe. Madrid, 1953, pp. 21-23–, pudiéramos decir ideal, es algo muy parecido al amor (...) Por todo esto, la vocación ideal es no sólo parecida al amor, sino muy parecida al amor religioso (...) Las altas vocaciones humanas –la de la ciencia, el arte y la enseñanza– son amores también”.

Pero no todo ha de fiarse a la vocación. Es preciso que la vocación adquiera la necesaria robustez y plenitud. Para eso es imprescindible la formación; una formación que en el ámbito de la clínica no termina nunca. Hay una razón muy sencilla para entenderlo: porque son muy diversas los pacientes y las patologías y, además todavía nos queda mucho por saber. En la actividad clínica no hay otra solución que estar al día, porque “la ciencia avanza que es una barbaridad”. Seremos imprescindibles sólo si seguimos el criterio de Bertolt Brecht, cuando afirmaba que “hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay otros que luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay quienes luchan toda la vida, esos son imprescindibles”.

En el primer capítulo el libro que tienes en tus manos, apreciado lector, el Prof. Gómez Pérez pasa revista a los elementos humanos que no cambian en el tiempo y que como tales “constantes humanas” pueden servir de fundamento



al quehacer psicoterapéutico. En el capítulo 2, el Prof. Barraca aborda la cuestión de la vocación y la formación en la Psicología Clínica, en general. La Dra. Ávila analiza, en el capítulo 3, los rasgos más relevantes en la personalidad del psicólogo clínico infantil. Todo quehacer clínico se realiza en un contexto organizativo y asistencial que en modo alguno es indiferente a la dignidad del paciente y a los resultados de la terapia. De esto se ocupa el Dr. Urcelay, especialista en la cuestión. Por último, en el capítulo 5, uno de nosotros entra en profundidad en la perspectiva antropológica del quehacer psicoterapéutico, de la mano de Soren Kierkegaard, filósofo de la existencia, con la finalidad de hacer reflexionar al Psicólogo Clínico y dinamizar todavía más su tarea profesional.

Es deseo de los autores que la lectura reflexiva de esta monografía contribuya a una mejor formación de los alumnos universitarios que se sientan llamados al ejercicio de la clínica en su vida profesional. Los autores de esta publicación se sentirían muy dichosos si los lectores hicieran suyas la petición que un día lejano formulara Tagore: “No deseo que me libres de todos los peligros, sino valor para enfrentarlos. No pido que se apague mi dolor, sino coraje para asumirlo. No busco aliados en la batalla, sino fuerza en mí mismo. No imploro con temor ser salvado, sino esperanza para ir logrando, pacientemente, mi propia libertad”.